

## ARQUITECTURA RELIGIOSA

Arquitectura 63, 163-167.

Dios puede llegar al hombre directamente y en cualquier sitio. Pero ha establecido un camino ordinario y valedero para todos los hombres en el que realicen el diálogo con Él. Este camino es la *Iglesia*. Así, el hombre que quiere ascender hacia Dios, debe, renunciando a su individualismo, buscar a Dios en la Iglesia.

De ahí también que el culto a Dios sólo es auténtico cuando se halla vinculado al culto eclesial. El culto perfecto es patrimonio de Jesucristo por su *sacrificio* perfecto; y Él ha entregado a su Iglesia la actualización de este sacrificio a lo largo de la Historia: (Por eso no debe extrañarnos que aun en los actos de culto privado sea esencial esta relación a la Comunidad. Jesucristo nos enseñó a orar diciendo '*Padre nuestro...*' (Mt 6,9) no '*Padre mío*' (cfr. Mt 5,23-24).

Ahora bien, de ordinario este culto comunitario se localiza espacialmente en el templo, que puede, por esto, ser considerado como la casa de la Comunidad Cristiana.

A veces se ha formulado, como una antinomia, que el templo cristiano tiene que ser a la vez la casa de Dios y la casa de los hombres: se ve en la conciliación de estos dos extremos alguna dificultad. Desde el momento en que el Verbo se encarnó, esta antinomia, que podría valer para el Antiguo Testamento, se resuelve por sí misma.

Al decir que el templo es casa de Dios, queremos expresar la idea de que allí habita Dios. En este sentido sólo Jesucristo es propio y excepcional derecho templo auténtico de Dios.

"Porque en él habita toda la plenitud de la deidad corporalmente" [Col 2,9]... el templo teándrico en la tierra que era Cristo durante su vida moral se continúa en la Iglesia a través de los tiempos, por la presencia *física* de Jesucristo en la Eucaristía y por su presencia *mística* en la Comunidad. Y por este doble motivo el edificio material que acoge a ambas, es en sentido auténtico casa de Dios.

Pero no podemos olvidar que de hecho la Eucaristía es *para* la Comunidad. Resulta, pues, que el templo es, a fin de cuentas, casa de Dios precisamente por y *para* la Comunidad eclesial que lo utiliza...

En consecuencia y resumen, tanto más será el templo la casa de Dios, cuando más sea la casa de la Comunidad de los hombres en *los* que habita Dios y que ascienden hacia Él.

En efecto: esta ascensión hacia Dios se realiza fundamentalmente mediante la participación en el Sacrificio de Jesucristo por los Sacramentos, en los que el hombre toma parte en la Redención por su integración en Jesucristo. Al hombre, que había frustrado el plan divino por el pecado, colocando así a la Creación entera en una situación violenta (cfr. Rom 8, 19-22), le ha sido concedido participar en la restauración que opera la Muerte y Resurrección de Cristo. Es decir, al hombre se le ha dado la opción maravillosa de participar en la Redención del Cosmos. Con esto la obligación que tiene el hombre redimido de recoger de nuevo todas las cosas y utilizarlas para la gloria de Dios, adquiere un sentido más profundo todavía.

La Eucaristía misma, cuya materia se constituye con el trabajo del hombre sobre el fruto de la tierra, recoge este fruto y este trabajo, y lo convierte en culto perfecto de Dios. El edificio del templo asume, mucho más todavía que la Eucaristía, los elementos del mundo y el trabajo material y espiritual del hombre y los incorpora por la Comunidad, en Jesucristo, a este culto.

Así el templo forma parte de la manifestación de la palabra de respuesta que el hombre dirige al Padre por Jesucristo, en el diálogo que Él, el Padre, abrió por la Encarnación Redentora de su Palabra substancial.

Por esto, no es una concesión, sino una exigencia radical que sean precisamente las corrientes más actuales de la expresividad artística en el momento de la construcción del templo, las que contribuyan primacialmente a ella y se manifiesten en él por propio derecho. Lo que se admite en principio, se deja ineficaz por una prematura y superficial afirmación de inmoralidad de ciertas formas de expresividad, o negación de calidad estética a lo que no entra en los *a-prioris*, pobres y esquematizados, que ha "fijado" en el ambiente una formación cultural demasiado racionalista.

Es, por consiguiente, de una superficialidad cristiana alarmante la pretensión de dar "religiosidad" al templo por el empleo de estilos "históricos". Resulta hoy esto tan evidente, que es bochornoso tener que hacer esta advertencia, pero todavía abunda demasiado la opinión de que bastan vgr. unas ventanas en arco apuntado para dar carácter religioso al templo. Todos podríamos aducir ejemplos recientes de ello. Recordemos también la catedral de St. Patrick en Nueva York, ahogada entre rascacielos, con su gótico de importación, que deja en el ánimo del espectador lamentable impresión de fracaso e impotencia...

Más bien es hoy condición importantísima para que la iglesia adquiera carácter de edificio religioso y sea la casa de la Comunidad, la sintonización del edificio con el medio intelectual y social del día. Las inquietudes y modos de ser contemporáneos deben encarnarse en él, y a la vez hay que evitar radicalmente todo carácter de agresividad o insolencia, que, en esta segunda mitad del siglo XX, daría cualquier ostentación de riquezas o forma. Esto contrastaría demasiado con un mundo que padece miseria material y moral, y llevaría más a blasfemar de Dios que a acercarse a Él.

El ejemplo de siglos pasados, en que las agujas de los campanarios perfilaban caracterizándolas, las siluetas de las ciudades y pueblos, puede inducirnos a error. Esta caracterización hoy ya no es posible, y no hemos de pensar que con ello el mundo ha perdido algo. Antes al contrario; pues ahora, abandonada toda posibilidad de imponerse por las apariencias, tantas veces cómplices de la ocultación de una interioridad vacía de contenido, a los constructores de iglesias no nos queda otro recurso para manifestar al mundo la presencia de la Iglesia, que el explotar el venero de su realidad profunda, lo que no puede dejar de producir desarrollo y eficiencia.

Hoy el templo tiene que aparecer como un oasis de paz, invitación a la interiorización y a la plegaria, por encima del vértigo ciudadano, pero simultáneamente en medio del él.

En el templo, la Comunidad debe encontrar el ambiente religioso consonante con su sensibilidad social, intelectual y étnica. Pero hay que evitar a toda costa el caer en el

folklore o sentimentalismo devocional, o consentir en el mal gusto de una Comunidad desorientada.

El templo debe ser un edificio más entre los circundantes, en su lenguaje, en la discreción de sus masas, en el empleo de las estructuras y de los materiales. Su carácter diferencial, vigoroso y profundo, estará en la irradiación espiritual, fruto de la fidelidad al mensaje que trae, a la función litúrgica que llena.

Por ello, y esta es una consecuencia fundamental, la Liturgia es la maestra en el templo: ella es la que rige y dirige toda la acción cultural comunitaria que en él se ha de tener. Y el centro de la Liturgia, el Sacrificio Eucarístico, será el punto de partida.

Esta ordenación en coordenadas humano-culturales se traduce al pasar a coordenadas espaciales, por un partir del altar para planear el templo, pues el altar polariza toda la organización del espacio interno.

Se habla también demasiado del "espacio místico" y no se pone la atención en lo radical. No podemos olvidar que al templo cristiano no se va a *sentir* una emoción, sino a *realizar* un misterio, a *participar* comunitariamente en una *acción* real que se centra en el altar.

La ambientación de este espacio funcional cristiano no se alcanza por adición -evitemos esta ingenuidad- sino por eliminación de todo lo que sea obstáculo, entre el hombre y Dios. San Juan de la Cruz tiene aquí unas palabras para nosotros, los hombres del siglo XX:

"...aunque es mejor orar donde más decencia hubiere, con todo, aquel lugar se ha de escoger donde menos se embarace el espíritu de ir a Dios... De donde, aunque los templos y lugares apacibles sean dedicados y acomodados para la oración (porque el templo no se ha de usar para otra cosa), todavía para negocio de trato tan interior como éste, que se hace con Dios, aquel lugar se debe escoger que menos ocupa y lleve tras sí el sentido (como suelen procurar algunos) porque en vez de recoger el espíritu, no pare en recreación y gusto y sabor del sentido... "

"...es cosa notable ver algunos espirituales que todo se les va en componer oratorio y acomodar lugares a su condición e inclinación; y del recogimiento interior, que es lo que hace al caso, hacen menos caudal, y tienen poco de él; porque si le tuvieron no podrían tener gustos en aquellos modos y maneras; antes les cansaría".

Materiales, volúmenes, proporciones, luz. Elementos de que disponemos los arquitectos para dar expresividad al espacio. Todos ellos barajados con sabiduría, utilizados con discreción, manifestados con sinceridad, ninguno en primer plano, todos llenando su misión sin ostentación, dejando toda la importancia al conjunto, que ha de producir en el ánimo del que lo contempla un *no sé qué* que es invitación a orar y es el descanso y el gusto de sentirse con sus hermanos en la casa del Padre...